

sonales eran ideas exaltadamente republicanas, las cuales movíanla, no á sugerir deslealtades, incompatibles con el carácter y el pensamiento de su marido, pero sí á sugerirle desconfianzas, germen de actos, en cuyos efectos y consecuencias latían gérmenes de una deslealtad indeliberada é inconsciente. La corte se halló tan extrañada y fuera de sí, después de haberle visto tantas veces las orejas al lobo, como el día inolvidable aquel, en que un cajista, cual Franklin, se presentó, al principio de la revolución, en los salones versalleses con el habla y el hábito republicanos. Antiguo industrial, hacendista práctico, muy experto en el estudio relativo á cuestiones económicas, de lenguaje respetuoso, pero en pugna con las maneras cortesanas, vestido de una manera modestísima, rayana con el descuido, á las últimas damas de la corte les pareció tan mal en este momento agónico de la Monarquía el habla y la vestimenta de Rolland, como les pareció á las otras damas de mejores tiempos para la corte y los cortesanos el habla y la vestimenta de Franklin. Sin embargo, al Rey no le fué antipático su nuevo ministro, aunque metía la revolución ya dentro de Palacio, ni al ministro el Rey, aunque deslumbraba sus dogmas y principios republicanos con el sello monárquico. Así, cuando tras algunas entrevistas y conversaciones con Luis XVI, tornaba el ministro á su hogar, hacíase lenguas tanto del carácter bondadoso de Luis XVI, como de su resolución por sostener el pacto entre la Monarquía y la democracia: que hasta extremo tal perturba los más serenos ánimos, los más prevenidos contra la Monarquía, los republicanos de suyo, el resplandor de una corte y el supremo dominio y ascendiente atribuido por los súbditos al Rey y á su majestad y á su soberanía heredadas. Mas, en cuanto Rolland decía cualquier ilusión de la confianza, le atajaba su mujer el paso, encareciéndole primero la oposición dogmática entre las instituciones electivas y las instituciones hereditarias; luego, la imposibilidad absoluta de que un Rey tradicional se resignase á compartir con su pueblo un poder y autoridad, que él creía, no sólo proveniente del seno de sus abuelos, proveniente del seno de su Dios. Tenía razón madame Rolland; no pueden las instituciones hereditarias compadecerse de las instituciones electivas; ni una dinastía nacida en el poder absoluto resignarse á su transformación y metamorfosis en el régimen constitucional. Pero, bajo la obsesión de estas ideas, no se puede ir á un gobierno encargado de mostrar lo contrario. Con una indeliberación y una inconsciencia increíbles fueron los girondinos á una situación, donde, si habían de ser leales á sus convicciones, tenían que aparecer traidores ante la posteridad y ante la Historia.



### CAPÍTULO TERCERO

La guerra europea.

A guerra estalló, porque se necesitaba que estallase, y porque no podía menos de estallar, dado el desarrollo natural del humano espíritu, y de su primera cristalización, que es la sociedad, en aquel momento dirigida por estadistas, innovadores y reaccionarios, los cuales querían todos empeñar la misma contradicción, siquier fuese fragorosa y cruenta, entre los principios contrarios, que todos llevaban en sus almas enardecidas y en sus inteligencias fulgurantes. La contradicción jamás podrá en el Universo concluirse. Las fuerzas cósmicas opuestas, las electricidades contrarias, el combate á muerte perpetuo entre las especies enemigas, las antítesis de los principios, las emulaciones del arte, las porfías del trabajo, las competencias del comercio, las afinidades y desafinidades químicas, las antipatías y simpatías entre los caracteres, el amor y el odio en los corazones, la concurrencia vital y la concurrencia mercantil enseñan cómo la contradicción reina sin remedio bajo la gran trinidad formada por las tres unidades primeras: la unidad del Universo, la unidad del Espíritu, la unidad del Criador. Aun los mayores enemigos de la guerra, en cuyo número me cuento, han de reconocer su permanencia entre nosotros ahora, su trasmisión á nuestra edad por las edades pasadas, su inmanencia en todos los pueblos, su transcendencia inevitable á las sociedades por venir. Está la guerra en el fondo de la sociedad, como está el error en la inteligencia, como está el mal en la Naturaleza, como está en la vida la muerte. Así, podemos aminorarla, podemos detenerla, podemos impedirlela temporalmente; lo que no po-



dremos jamás hacer es extirparla. Queriendo quitarle al cuerpo humano sus imperfecciones naturales, os exponéis á destruirlo. Queriendo anular las fuerzas contrarias, os exponéis á vuestra personal anulación. Siempre habrá Iglesias con sectas, escuelas con sofistas, cuerpos con enfermedades, pueblos en guerra. Por querer destruir hasta la pobreza proveniente del vicio, y hechura de nuestra voluntad, se cae sin remedio en una utopia revolucionaria: no queramos, por destruir la inhumana guerra destruir también la pobre Humanidad. Hay que conjurar sus gérmenes en todo lo posible, que ocurrir á los efectos de tan asoladora plaga, que trasladaría desde las competencias en armas, tan devastadoras, á las competencias en el trabajo y en la industria y en el arte, y en la ciencia; pero no hay que aspirar á un reposo absoluto, en el cual vendría por fuerza una irremediable corrupción. Yo no conozco nada tan desatentado como el empeño de impedir la respectiva repulsión entre los pensamientos y la respectiva repulsión entre los partidos. Apenas habéis fundado una escuela filosófica de transcendencia ó importancia, cuando ya surgen la derecha, el centro, la izquierda, la extrema izquierda. Que lo diga sino el mismo Sócrates, quien generó Platón y Aristóteles, dos genios tan discordes por sus apariencias, y tan acordes por su fondo en filosofía, como en música el tono agudo, el tono grave, componiendo, á pesar de su contradicción aparente, las grandes armonías. Y lo mismo que recuerdo de la primer escuela helénica, recuerdo de la primer escuela moderna. Los hegelianos se dividieron á la vista de su inmortal maestro en derecha, centro, izquierda y extrema izquierda, combatiéndose unos á otros en guerra espiritual perdurable. Subid con el pensamiento á los tiempos prehistóricos; bajad luego á vuestros mismos tiempos. En todas partes tropezaréis con la guerra. El hombre terciario, petrificado en las eternas zonas geológicas desde tiempo incalculable ó inmemorial, tiene á su lado el arma de piedra, pulimentada con el roce de otra piedra; y cuando quizás no había inventado aún el fuego, y seguramente no había encontrado el hierro, sabía ya pelear y morir. Por todas las tradiciones y por todas las leyendas está confirmada la oposición prehistórica de los hombres, de las tribus, en el seno de los primitivos pueblos y de las sociedades incipientes. El combate bíblico entre Abel y Caín, dos hermanos, en realidad significa la competencia de los pueblos pastores, contrarios al cultivo, con los pueblos labriegos, contrarios al ganado. Guerras entre los imperios conquistadores y los hombres nómadas para fijar á estos últimos en el suelo y convertir la tienda en casa, la tribu en pueblo; guerra entre las tribus del desierto y las tribus del río, como la existente hoy entre los sudaneses y los egipcios del fecundo Nilo, para sobreponer en algún modo el trabajo al exterminio; guerra entre las monarquías mercantiles, como Fenicia, y las monarquías conquistadoras, como Media ó Macedonia, por el predominio de los combates sobre los cambios ó de los cambios sobre los combates; guerras entre las repúblicas helenas y los Daríos y los Ciro del Asia, por si había el mundo de aspirar el primer soplo de la libertad y el primer brillo de la idea, ó

había de quedarse inerte bajo los déspotas y las castas; guerra púnica por si habían de imperar Roma ó Cartago sobre la humanidad entera y sobre el mundo conocido; guerra civil, política, social entre la unidad cesárea con su dictadura democrática y el patriado antiguo con su República, y sus senadores, y sus comicios; guerras entre los germanos, que traen el sentimiento individualista de la libertad personal y el socialismo cesáreo; guerra entre el Oriente, representado por los árabes, y el Occidente, representado por las sociedades cristianas; guerra entre el Pontificado y el Imperio por si Europa debió ser una teocracia ó debía ser una autocracia; guerra entre la unidad monárquica y el fraccionamiento feudal; guerras religiosas, que comienzan en las primeras herejías y acaban en la paz de Westfalia; guerra entre Austria y Suiza por la Monarquía ó la República; guerra entre Holanda y Felipe II por la libertad de conciencia; guerra entre Francia é Inglaterra por el gobierno propio ésta y aquélla por el absolutismo estuardo, tan semejante al absolutismo borbónico; guerra entre Francia con España, de un lado, é Inglaterra de otro, por la revolución americana; ¿cómo evitar el conflicto universal europeo durante la revolución francesa? Y, sin embargo, la guerra, perdurable y todo, como la sociedad, coincidiendo en sus albores sangrientos con los primeros albores de la vida humana y con los primeros recuerdos de la Historia universal, no deja de ser por eso una calamidad, la mayor quizás entre todas las plagas que afligen á nuestra misérrima especie. Hemos hecho con justicia y razón todos los pueblos en general, y cada pueblo en particular de la Milicia una profesión honrada, mejor diré, gloriosa, digna de cuantas recompensas y premios les conceden las leyes, así como de cuanto culto y veneración le consagran los siglos; pero, la guerra en sí, despotismo cruel opuesto á otro despotismo igualmente cruel, organizada para el mando absoluto arriba y abajo la servil obediencia; remedo de la voracidad con que las especies enemigas unas á otras se devoran; compañera inseparable del incendio y del exterminio; con la fuerza por único instrumento y con la victoria por todo fin; alejada en sus violencias irremediabiles de las fundamentales nociones jurídicas y del derecho humano; enamorada de la muerte, como los apocalípticos ángeles exterminadores; la guerra debe disminuirse todo lo posible, ya que no pueda extirparse, aunque tome por motivo determinante la causa más justa, y tenga por objeto el fin más sacro: que hasta la esclavitud fuera un progreso relativo frente al degüello é inmolación de todos los vencidos, conaturales á las primeras batallas históricas; y, sin embargo, hemos con la esclavitud concluido, porque la finalidad del trabajo y la meta del progreso están en la disminución graduada y metódica de los males humanos; y así, hay que concluir con la guerra, según hiciéramos con la esclavitud, ó aminorarla, por lo menos, pues ni tiene ni tendrá nunca justificación posible, aunque haya durado mucho en el tiempo y se confunda con la eternidad, ni ante la conciencia, ni ante la Historia.

Pero, en mil setecientos noventa y dos, todo el mundo quería la guerra, siquier limi-



tándola cada elemento capital de aquella sociedad á la circunferencia de sus supersticiones y de sus intereses. Parecían los pueblos y los reyes como esas figuras de los cuadros apocalípticos, donde los cadáveres se levantan al eco de la trompeta, cayéndose los astros en pavesas del cielo y animándose á la lluvia de semejante rescoldo el incendio en la tierra. Existía una tal indeliberación y tal inconsciencia colectivas en esto de aceptar cuantos males consigo las guerras traen aparejadas, que un año antes de la declaración bélica, historiada en estas líneas, aprovechando todos los progresos traídos á la lucha y á la estrategia por Federico el *Grande*, se acababan de promulgar unas ordenanzas, en las cuales apercibíanse y organizábanse las guerras futuras por los pueblos contra los reyes, explicándolas desde los primeros minutos con fortuna y sin surgir nunca en tres ó cuatro lustros de guerras ningún motivo justificante de su alteración y de su cambio. Si el gran capitán Gonzalo de Córdoba inventara la táctica de los ejércitos reales contra las hordas del feudalismo; si Leiva, Farnesio, Turena, Condé la táctica de los grandes ejércitos reales entre sí mismos; si Federico el *Grande*, la táctica, mediante cuyos milagros venció la filosofía coronada y en el trono á los reyes históricos y tradicionales como María Teresa de Austria ó Catalina de Rusia; Francia el año noventa y uno inventó la táctica de los combates por la libertad humana, como veinte años más tarde á su vez debía inventar España la táctica de los pueblos por su independencia nacional. Los movimientos indeliberados de una sociedad no resaltan en crisis alguna como en esta crisis del noventa y uno. A todo el amor de Francia por los pueblos se junta su odio á los reyes, alcanzando los dos afectos contrarios igual intensidad. Un grito de guerra en todos los giros del aire suena. Los ciudadanos se convierten á una en milites y los milites en héroes. Mientras el patricio requiere su espada de Toledo y cuelga su daga de Florencia en el cinto; no teniendo arma mejor que blandir el pueblo, coge las picas semejantes á manojos de rayos. El furor bélico toma las proporciones de una colectiva demencia. Todo gesto es de batalla. Todo clamor es de cólera. Parece que cada cual se cree sitiado en su casa y que cada familia se torna en un grupo militar, donde los hombres son soldados y las mujeres cantineras y hasta los niños amontonan pólvora y balas si no pueden hacer otra cosa más útil. El principio monárquico europeo reúne todos los representantes de la realeza; el pueblo tiene que reunir todos los representantes del derecho; porque aquello no es el combate á muerte de dos ejércitos, es el combate á muerte de dos principios. Hubo mucha cólera, hubo mucho crimen, como hay muchos estragos en las inundaciones y en las tempestades. No se hizo la cabeza de Medusa para encantar como la cabeza de Venus en la efigie de Milos; se hizo para espantar. Los labios de Francia entreabiertos y difundiendo el terror, á la verdad, espantaban, pues únicamente con la intensidad del odio podían los soldados franceses contrastar y vencer á la superioridad del número y á la grandeza del esfuerzo contrarios. Así del coro, que cantaba en los espectáculos helénicos la vida y el amor, se hizo

una legión que cantaba el odio y la muerte. Los aires llevaban la Marsellesa en sus giros como si cada francés fuera un Tirteo, poeta, músico, guerrero al mismo tiempo. En las Euménides creadas por el trágico Esquilo hacia tal estro de terror que las grullas del cielo caían muertas sobre los espacios del teatro; el teatro á las flechas del terror; y había tal inspiración bélica en la Marsellesa, que debían á sus acentos rasgarse ó abatirse las enseñas de los reyes absolutos. Todos los revolucionarios sentían la misma confianza en los soldados de la libertad que sentían en la libertad misma. Nombre ninguno de verdadero héroe había sonado todavía. Pero, como las especies y organismos producen los órganos indispensables á su existencia y á sus necesidades, la sociedad revolucionaria, necesitada del heroísmo, produjo los héroes. Nos alzamos de hombros cuando el arte académico intenta presentarnos los milites de Leonidas, desnudos como los atletas de Olimpias, armoniosos y serenos como una estatua de mármol penthélico sobre su pedestal, en la cabeza un casco y en el brazo un escudo cincelado y en el puño una lanza de oro, peleando á ritmo en la continua euritmia de un coro inmortal, y muriendo en las Termópilas como si fueran á resucitar en el Parnaso; y nos olvidamos de que hemos vivido con los soldados revolucionarios, pues muchos de ellos habitaban la tierra en el transcurso del primer período de nuestra vida, siendo todos ellos entonces, amén que los primeros héroes, los primeros cantores del mundo. Tribunales de la Cámara, púlpitos del club, arengas de los oradores, cadencias de los poetas, verbo de los periódicos, todos los relampagueos de la idea, todos los incendios del corazón, toda la vida se concentra en el deseo supremo de la victoria. Parece la cruzada del derecho humano aquella otra cruzada del derecho divino, á la cual iban los creyentes llamados por una voz misteriosa, y sin saber el camino, con los instintos de las aves marinas y entregándose á las fuerzas misteriosas del Universo y á la confianza completa en Dios. Así jamás han visto, jamás volverán á ver los nacidos que mientras los estadistas vacilaban temiendo emprender una guerra que tanto había menester la unidad del espíritu para determinar la unidad del esfuerzo en Francia dividida de suyo, y los mismos militares, que habían escrito por anticipado las fórmulas de unas campañas felices, como pudieran escribir un algebraico problema en la pizarra de una clase, retrocedían espantados de la indisciplina, de las agitaciones, de la insubordinación general, el pueblo con su maravilloso instinto de salvación proclama fórmula sublime, á la cual debemos nuestra emancipación todos los esclavos: guerra implacable á los reyes, y á los pueblos paz y libertad universal.

En el fondo todos querían la guerra y todos iban arrastados á ella, por una voluntad superior imperante sobre la voluntad individual de cada uno. El mismo Robespierre se oponía, primero por sustentarla sus envidiados émulos de la escuela girondina; después por temor á que tanto ejército como se necesitaba para la guerra se volviese contra el pueblo á favor de la monarquía; y últimamente por un dilema tan pesimista como aquel de que, desgraciada, la guerra, podía destruir la revolución, y feliz, engendrar la dictadura; pero